

## 1. Un hospital de sangre llamado hotel Ritz

Siempre he pensado que para saciar los apetitos y olvidarse de las carencias es necesario una gran dosis de ternura, cualidad que me ha costado desarrollar y que solo conseguí hacerlo en la intimidad. Ahora que he de hacerme fuerte para poder llegar cuerdo y tranquilo al trayecto final de mi vida, reflexiono sobre estos años inciertos de guerra y muerte, mientras reposo en una cama de hotel-hospital Ritz. El tiempo es un extra, un regalo divino, siempre lo ha sido; pero en fechas de conflicto y bombardeos diarios, aún más. Por eso, en esta cuenta atrás, me propongo recordar lo mejor de mi existencia, pretendo escribirlo, pensando que —de esa manera— recobraré vitalidad, podré dejar este lujoso alojamiento dentro de unos días y volver a mi Chamberí, barrio madrileño donde está mi casa.

Enfrentándome al que podría ser el ocaso de mi presencia mundana, donde tienen mis pasos su último acomodo, me enfrento así a mi posible partida, escribiendo estas memorias con inquietud y desvelo. Con ellos percibo que me aproximo a la partida definitiva, que quizá, forzada por mi desánimo, la siento cercana. Es posible que me haga un guiño al que yo no quisiera corresponder. En ese instante, ya no informaré a nadie y tampoco inspiraré a otros con mis opiniones. Después de ese instante, nadie me echará de menos y todos me olvidarán. Solo viví, solo me iré. Poco importa un muerto más, un muerto menos, en esta cruel Guerra Civil española. Por llamarme Rafael Gómez Mordáis no me van a eludir las balas y bombas.

Temer la muerte es solo miedo al cambio. He vivido una vida tranquila, en la medida que he sido conformista con lo que me trajo. Fui cobarde para librar batallas en contra de los formalismos. Con sesenta y ocho años me siento un privilegiado por haber disfrutado de mi profesión, de mujeres bellas y complacientes. Quiero pensar que la providencia quiso que no tuviera descendencia, por ello tampoco la echo de menos...

Acabando un 1938 trágico y triste, intento encontrar mi primera verdad. La intelectualidad en la que he vivido también me permitió —en contra de esta tendencia— aprovechar la vida, los placeres del sexo y la buena mesa, aunque no del cariño familiar. Mis libros y mis escritos de trabajo han sido mi única y constante compañía.

Ocupo esta cama debido a las heridas causadas en las piernas por una bomba aérea. No es mortal, pero, rodeado de otros que han tenido la misma suerte —ya sea aquí o en las trincheras—, no puedo evitar pensar en la cercana hora suprema, viendo a mi alrededor tanta desolación y desgracia. Estar aquí causa cierta depresión... Ya no tengo la energía de antaño, ni vivo con el ansia por no perderme nada... por ello únicamente anhelo un adiós sin ansiedad y, si pudiera ser, en compañía femenina. Ellas se han llevado mis mejores momentos, me han conducido al éxtasis y la dicha que cualquier hombre puede desear. Sólo Dios sabe lo que pasará cuando Franco entre en la ciudad tras casi veintinueve meses de aislamiento —desde julio de 1936— y lo que nos pueda quedar aún... Después de tantas barbaridades vistas —hermanos contra hermanos, amigos en diferentes bandos, familias divididas y enemistadas—, uno ya sabe que morir es una opción más que probable. No creo que pueda ver ni leer más atrocidades llevadas a cabo por los hombres en tiempos de conflicto. La española pasión con desenlace triste, la envidia y la sinrazón no pueden estar más presentes. A 12 de noviembre de 1938, permanezco desde hace cuatro semanas aquí, tumbado, intentando acostumbrarme a la situación. En este nuevo escenario mi cabeza no deja de dar vueltas al tiempo

pasado y al posible futuro. Temí al amor y con ello temí a la vida. Ahora en mi vejez sé que aquellos que temen a la vida ya están casi muertos. Atormentado en gran medida por las consecuencias de mis miedos, voy de una emoción a otra, sufriendo y disfrutando múltiples veces al día, recordando entusiasmos y angustias. La vejez me aporta honestidad y te permite admitir mis errores. Ahora sé que en la vida de nada se debe huir y a nada se le debe temer. También he aprendido que lo que de verdad importa es comprender. Pero ya me siento mayor y cansado para sanar las heridas. Como un miedoso asumo mi falta de valor y la incapacidad para hablarlo.

Acordarme de aspectos de mi vida me produce satisfacción y sonrisa, por un lado, y aceptación tardía, por otro. Me parece que escribir unas vivencias noveladas es como una historia de amor a distancia: nunca la das por acabada, salvo que uno de los amantes tenga un término trágico. Calladamente... esperas una carta, una señal de que alguien te echa de menos. He sido un solitario. Hoy cargo con ese monólogo interior y acusando la duración de esta guerra civil me encuentro abatido y cansado. Me acomodo como puedo en esta cama, rodeado de extraños a los que observo para distraerme y lograr así que el día se me haga más corto. Mi imaginación se hunde en un sinfín de reminiscencias que me llenan de nostalgia, como cuando publiqué mi primera noticia, el viaje inicial al extranjero o el primer paseo que dimos cerca de Cantábrico. Me viene a la memoria su mirada y sus ojos chispeantes. Al volver a mí esos pensamientos, extraño muchísimo esos momentos que ya no se repetirán.

Nunca fui un individuo de pandillas o colectividades. Quizá mi vergüenza inicial, que luego la profesión eliminó, o la discreción para lo que no son asuntos profesionales, no lo sé..., ya da igual... Me tengo por un hombre sensible, pensante y de hablar pausado, reflexivo y rumiante a todas horas de mis propósitos. Independiente, apto para demostrar un orgullo, a veces exagerado, con tal de no sentir vergüenza... Capaz de lo que sea en las distancias cortas, nunca salí

con más de cuatro amigos a la vez y ¡por ser amistades demostradas! Añoro los buenos ratos que pasé con los amigos, de sidrería en sidrería, de café en café. Aún sigo en contacto con alguno —en la medida de lo posible—, ya que la división de España y sus gentes en dos bandos lo hace difícil. Asturias ha sido republicana hasta hace poco tiempo (octubre del 37) y Madrid continúa siéndolo, pero, entre medias, una gran Castilla nacional impide que lleguen los escritos.

Mi vida ha sido un ir y venir de aquí para allá detrás de la noticia con el interés de captar la parte humana de la actualidad por encima de todo. Habiendo sido redactor dentro y fuera de España, me siento ciudadano de una Europa en proceso de cambio, de un país con un siglo XX convulso y emocionante. Viví la monarquía de Alfonso XII y Alfonso XIII, y el golpe de Estado de Primo de Rivera. Luego, la II República y el levantamiento de los militares golpistas en 1936. Ahora, esta guerra. Conocí de cerca y de lejos a decenas de políticos y personajes interesantes. Narré la historia, me centré en las revoluciones y leí cientos de noticias que hicieron implicarme en el devenir de la sociedad española desde hace casi cuarenta años.

En cualquier caso, lo que ahora necesito y no tengo es la cercanía de un alma gemela, una compañera, esa que habita en la persona afín en pasiones, vicios no confesados, secretos compartidos, aficiones e intenciones. Esa que te da calor en invierno y te deja tomar aire en verano entendiendo tu necesidad de libertad. La que se vuelca en tus necesidades y no te pide cuentas de tus actos porque sabe que sólo con ella has de estar y siempre te gustará volver. Esa que se adapta a tus limitaciones y no pregunta, sino que acepta y asume en silencio también tu pasado, sus excesos y carencias. Lo cierto es que esa figura femenina existió... pero sólo a ratos. Fui tan necio que la dejé marchar... así se las gasta mi cobardía.

Tuve la suerte de tener cerca de mí a mujeres sabias y hombres condescendientes; en definitiva, personas con las que crecer, tanto en lo personal como en lo profesional. Pero los amores y las adicciones

no se eligen y... quiero pensar de forma cínica que en lo primero hubo mala suerte. En este martes de un frío noviembre, empezando a vaciar mi alma, prefiero concluir que fue así, aunque miento y ahora empiezo a sincerarme por escrito de lo mucho que he sufrido en mi vida sentimental. Estuve casado dos años. Ella falleció. Hubo mujeres que podrían haber sido mis esposas, pero ninguna me parecía adecuada o yo no quise corresponderlas. De las que de verdad me importaron... admito con modestia que no supe estar a su altura. Ahora maldigo a mi educación, las diferencias sociales, mis ofuscaciones y recelos para no poder aceptarlas tal y como eran.

A mi edad —68 años—, ya se reconocen con naturalidad los errores, más los propios que los ajenos, por lo que duelen y te demuestran lo que has perdido... Uno ya ha vivido lo suficiente para saber que el orgullo y los prejuicios son el veneno que nos lleva al retiro merecido, al aislamiento justificado y a la furia masticada día a día. El tiempo cura muchas heridas, pero no todas, ya que otras las hace más profundas. He sido toda mi vida un bebedor, tan temeroso... que ante cualquier contratiempo he acudido al alcohol para olvidarlo. Reconozco que no soy una persona emocionalmente fuerte, me cuesta asumir la realidad y busco una salida fácil —y muchas veces servil— para olvidarla y no enfrentarme a ella.

Admito que la cicatriz moral que me dejaron aquellas dos mujeres de Gijón no está curada aún, después de tanto tiempo de alegrías, desgracias y acontecimientos desafortunados para ambos. Fueron dos féminas de las que pensé eso de “Rafa, esta mujer no es para ti”. Una me enseñó que la felicidad solo tiene sentido si tenemos a alguien con quien compartir nuestras emociones. La otra me hizo ver que, si conoces el camino, hay que ir hasta el límite y luchar. Si desistes, cualquier elección en la vida será cada vez más difícil. Con una, la cosa no pudo ser por su situación familiar, y con la otra... se fueron enredando las cosas, primero a través del sexo y después con situaciones extraordinarias que provocaron mi huida.

Para ellas fueron mis mejores palabras y sonrisas. Mis manos, mis besos, mi boca y todo mi cuerpo se quedaron allí, en Asturias. En esa tierra dejé los principales años de mi vida, 1903 a 1923, mis sobresalientes momentos de ardor y las mejores obras. La fogosidad se quedó en el Cantábrico y mis ganas de volver se paralizaron por vergüenza y falta de valentía.

No puedo cartearme con ellas debido a los dos frentes. La frialdad de unas letras es menos provocadora que el sonido de sus voces. Evitando imaginar sus labios y sus miradas, desvíó su ausencia a partes más bajas de mi cuerpo. El oírlas al teléfono me intimida, distrae, sensibiliza y excita. Me siento desvalido, amenazado por una extraña espontaneidad que no sé manejar y que hace que me sienta susceptible de cuantos deseos me pidan y órdenes me transmitan. Por mi incapacidad, cobardía y torpeza he preferido esconderme detrás de un trozo de papel escrito para saber de ellas y sus vidas. Así pues, el caballero que se supone que debo ser opta por leer y poner distancia entre entrega y entrega del cartero, fingiendo que me agrada recibir noticias cuando en verdad miro todas las mañanas el buzón.

Las mujeres que yo traté, de todas las condiciones sociales y de diferentes caracteres, bellezas y estilos, fueron hembras a las que yo desnudaba sin quitarles la ropa, que me intimidaban con facilidad y sin apenas mostrar resistencia. Mi debilidad era un hecho, pero yo intentaba esconderla detrás de mi aparente fortaleza, pero ahora reconozco que sólo era inseguridad. Temor a parecer más débil, a no estar a la altura de las circunstancias, envidia de no poder emocionarme como ellas, pasando por todo tipo de sensaciones y sentimientos que a mí me venían grandes. ¡Pobre de mí!, y yo, insensato, les pedía comprensión y apoyo detrás de esa apariencia de hombre fuerte que aguanta lo que le echen, cuando lo cierto es que nunca llegué a soportar ni la décima parte de lo que ellas tuvieron que aguantar. Mi recelo a sentirme dominado y la desconfianza ante su poderío moral

no eran más que una evidente sinrazón, conociéndolas de cerca y sabiendo de su coraje y aguante.

Fui así de engreído y receloso, pasé de puntillas por sus dificultades porque no tenía ni idea sobre cómo poder empezar a ayudarlas, ya que ni siquiera las comprendía. Solo se entiende lo que se ha vivido y ante sus avatares yo me veía como un inválido, incapaz de entender los problemas... De esta manera y siendo consciente de mis carencias respecto a sus complejas personalidades, me limité a escucharlas y acogerlas, a darles cobijo en mis brazos, demostrando así que podían contar conmigo y que me gustaba pasar tiempo con ellas, aunque daba igual para qué. Me ocurrió también con mi esposa, fallecida al poco tiempo de casarnos. La relación fue básicamente formal y, por unas y otras razones, no llegó a la intensidad que merecía por ser marido y mujer, supongo. Ahora que ya mis fuerzas para esos menesteres de alcoba están algo agotadas sé que los contratos no dan ese entendimiento en las distancias cortas.

Pocas veces he sido capaz de expresar en voz alta mis sentimientos. Sin embargo, cuando veía cómo una de ellas lo hacía en mis brazos, estando los dos desnudos y en completa conexión, una especie de envidia sana me invadía, apreciando con sobradas evidencias lo necesario que parecía ser para ella llorar. Entre gemidos, suspiros y gí-moteos, después de alcanzar el máximo nivel de placer y con una intensidad nunca vista en otra mujer, ella arrancaba a llorar. La primera vez que ocurrió me asusté y no supe qué hacer. Pensé que quizá había dicho algo impropio o tal vez le había hecho daño... Secándole las lágrimas mientras me abrazaba, escondía con disimulo la cara.

—¿Por qué lloras, mujer? —le dije en un tono de voz bajo, asombrado de tanta sensibilidad.

—Lloro de felicidad —me respondió incorporándose de la cama y acercándose a mí—. Y lo vivo de esta manera.

Ante eso, no supe qué responder. Me quedé inmóvil, como quien ha hecho un descubrimiento y, perplejo, se toma unos minutos para

regocijarse por el momento irrepetible. Aprecié lo necesario y conveniente que parecía ser para su cuerpo y su alma expresar y canalizar esa variedad de emociones. Me sentía el hombre más feliz de la tierra habiendo sido capaz de provocarle tanta dicha. Después, nos fumamos uno de sus pitillos y charlamos como amantes que se necesitan en lo físico y lo emocional. Tuvimos necesidades que juntos saciamos y conseguimos expresar en la alcoba. En esos tiempos ella despertaba en mí ternura, esa que los hombres tenemos escondida y pocas veces mostramos. Me inspiraba confianza para la cercanía y el afecto. Su llanto abría la puerta de mi corazón, me paralizaba, me invitaba al amor y despertaba en mí el deseo de ser atento y comprensivo con ella. Por aquella expresividad sospeché que esa mujer era diferente y necesitaba a alguien para dar rienda suelta a sus agitaciones contenidas. El sexo era su válvula de escape —aunque guardaba otras para mí reacciones desconocidas, — y me siento orgulloso de haber colaborado en tal afán. En aquellos ratos, más que amante, parecía un novio ilusionado y complaciente que se siente útil de la manera más agradable y con los mejores juegos entre hombre y mujer.

Nunca vi antes a ninguna mujer expresarse así en la intimidad, que gozara tanto y que pusiera tanto entusiasmo y entrega en el acto amoroso. Parecía como si en su interior hubiera capacidades que otros no tuviéramos para el placer y la excitación. Me acuerdo que, para darme respiro, me hacía tumbarme y cerrar los ojos, colocándose encima de mí, poniendo sus pechos cercanos a mi cara y al compás que ella marcaba. Deslizaba y rozaba sus pezones por mi nariz de un lado para otro, moviéndose de derecha a izquierda, susurrándome expresiones afectivas y provocativas. Ella era incansable, atlética y capaz de danzar con movimientos a los mejores ritmos. La veía desde arriba, enfrente y debajo de mí como si de una diosa se tratara... Me volvía loco y, aunque ella solía llevar la voz cantante, yo no me amilanaba y también la sorprendía con juegos que —me consta— la complacían. Mi persona se relame con estos repasos y,



ahora que los escribo... percibo que mi cuerpo se relaja y ausenta de lo que ocurre a mi alrededor. Dejo de oír ruidos, mis ojos se cierran prescindiendo de lo que me rodea. Los brazos se abren, queriendo salir de la cama. Incluso mis piernas suelen menos de lo habitual. Es entonces cuando todo mi ser se proyecta en ella. Mi cabeza se enfoca a instantes placenteros y los minutos avanzan permaneciendo ensimismado en los recovecos de su cuerpo, las posturas en las que solía reposar cerca de mí y la expresión de sus ojos fijos en mi mirada.

Solo las conversaciones de los compañeros de sala y los pasos de las enfermeras me devuelven a la incómoda situación. Abro y cierro los ojos varias veces, miro alrededor y veo a mi alrededor la miseria y la pena que ha provocado este conflicto civil. Intento evadirme y concentrarme en estas memorias para sobrellevar las largas jornadas de pesadumbre e infortunio. Recupero la memoria e intento distraerme con mis vivencias, intentando así aislarme de la visión que me rodea.

A principios de siglo a los periodistas no nos faltó trabajo, ya que se dieron muchas reseñas importantes. Los conflictos hasta 1875 reordenaron el mapa de la vieja Europa. Se contó con importantes cambios, tratados como “la cuestión social”, que posicionaron al socialismo como doctrina y definieron la propiedad y la desigualdad de los hombres como hechos naturales. Me atraía mucho saber lo que ocurría en Gran Bretaña, reconozco que en gran parte por el morbo que provocaba en mí la doble moral victoriana, vivida —y padecida— más tarde en la sociedad gijonesa. En las ciudades la creciente industrialización generó un despoblamiento de los sectores rurales, siendo esta situación preocupante para los gobernantes, quienes comenzaron a fomentar la emigración hacia las colonias. Más tarde, esta curiosidad por lo que se cocía en Londres me hizo viajar hasta allí para conocer a las sufragistas y vivir hechos interesantes e históricos en 1912.

Hablar de finales del siglo XIX y principios del XX es hablar de movimientos sociales y, sobre todo, hasta 1914, año en el que los protagonistas fueron los obreros. Pero el gran cambio, a mi modo de ver, el que más nos influyó a todos, fue el producido en el ámbito de las comunicaciones. La locomotora realizó su viaje inaugural entre dos ciudades inglesas y, a partir de entonces, se instalaron miles de kilómetros de vías férreas en toda Europa, con lo que se abarataron los costes y se ampliaron los mercados. Esto nos facilitó poder llegar antes a cubrir noticias en el extranjero y estar en primera fila en los momentos oportunos. A mí me correspondió informar sobre hechos tan importantes como el relativo a que se duplicó la capacidad de los barcos para transportar cargas a América y se redujo el tiempo necesario para cruzar el Atlántico. Años antes, en 1866, se tendió un cable telegráfico interoceánico entre Inglaterra y los Estados Unidos. En 1876, Bell inventó el teléfono —la primera llamada en España se efectuó en marzo de 1880— y en 1895 los hermanos Lumière crearon el cine, que nos permitió descubrir formas de vida diferentes y nos proporcionó cultura.

Estos avances no llegaron tan pronto al barrio de Cimadevilla de Gijón, donde la comunicación —en este caso a través del boca a boca— no faltaba, debido en gran parte a la mayoría de mujeres que lo habitaban y ocupaban sus calles. Por si no fuera sólo posible a través de la voz, también se hacía a través de los mensajitos que unas y otros nos dejábamos escritos en papeles de liar tabaco en una de las paredes del edificio, la que daba al este, acordándome ya de las cigarreras. En mi caso, frases escritas puestas en sitios elegidos como “huecos discretos de pecado”, aunque no siempre tenían esta intención... Cada pareja que tenía algo que decirse elegía su lugar entre dos piedras, dejaban su papiro doblado escrito y leían el de la otra persona en las idas y venidas por aquella Plaza de las Monjas. Estaba —y está— situada en la parte alta de esa porción de costa peninsular de Gijón, en un lugar destacado. Antes fue convento de la congrega-

ción de las Agustinas Recoletas, desde 1670. En 1843 se transformó en fábrica de tabacos y ha sido la primera industria importante de la ciudad citada durante muchos años, ocupada en su gran mayoría por: lijadoras, cigarreras y pitilleras.

Desconocida para mí esa forma escrita de comunicarse, conseguí llegar a hacerlo, aprendiendo así el arte de convencer, provocar emociones y otras reacciones corporales varoniles difícilmente disimulables. Supe la necesidad de resumir en pocas palabras la simplificación de las necesidades y el orden de las expresiones provocativas. Ella sabía decirme la idea precisa, logrando siempre en mí una pícara sonrisa. Escribía y sugería pensamientos que me rondaban todo el día en la cabeza, consiguiendo así que mi imaginación creara una serie de escenas a las que yo ponía tablas y acababa —inevitablemente— dándolas casi por reales. Imágenes que me distraían y lograban hacerme pasar agradables ratos de intermedio individual en la jornada laboral, ya sea en un baño o en mi solitaria cama, agitando mi sexualidad.

Ellas: siempre generosas, atentas a mis necesidades y pendientes de mis problemas. Me trajeron comida cuando estuve hambriento, supieron calmar mi sed, no sólo de amor y comprensión, sino también de vino y comida de puchero. Una me envolvía con sus sábanas, arropaba mi nuca en las noches compartidas y me demostraba que sabía irse cuando yo prefería estar solo. La otra me aconsejó sabiamente, respetó mi forma de proceder, favoreció mis virtudes, colaboró en mi estabilidad como persona y en mi disfrute profesional. Las dos supieron aceptar mis prejuicios y miedos: tan maduras, tan sabias, tan brujas... Las dos van parejas en mi corazón y mi mente. No sé de ellas desde el 36, antes del levantamiento. Se interrumpió la correspondencia y las noticias.

No requiero de nostalgia. Ese sentimiento tan sólo me llenará de puro sufrimiento y, en los momentos que vivimos, de eso ya tengo bastante. No quiero estar triste, me repito constantemente que hay

que resistir estos días -que ya son muchos - de dolor y amargura. Mi corazón me ruega que pare de llorar y lamentar, pero ¿cómo lograrlo si cada segundo mi alma se deteriora más?. Me repito en silencio que “aún estoy aquí y mi vida merece otras ilusiones”. Al menos, una vejez tranquila.

En estas páginas va más de un tercio de siglo vivido por un individuo que ha ejercido de redactor toda su trayectoria laboral. Otros fueron los protagonistas de mis noticias y columnas, mas ahora soy yo el principal personaje en la escena. Un hombre ya mayor, al que la edad y las escasas fuerzas le impiden luchar en las trincheras. Solo me limito a preguntar y conversar con los que saben, amigos y conocidos de esta ciudad en la que nací y en la que he vivido la niñez, la juventud y la vejez. Ya no puedo presentarme como reportero en el frente, a escasos kilómetros, aunque en alguna ocasión he ido a Argüelles con la intención de acercarme a la Ciudad Universitaria para ver a las Brigadas Internacionales. ¡A las que tanto admiro!

Me conformo con ir al Hotel Florida, en la Plaza de Callao, donde se hospedan los corresponsales extranjeros, con el fin de charlar con ellos y ponerme al día de cómo va la batalla tanto aquí como en el resto de España. ¡Qué me hubiera gustado más que narrar para mi periódico lo que ocurre en la Casa de Campo, tan cerca de mi casa! Pero a pesar de mi incapacidad para ejercer el periodismo de manera activa, me quiero sentir útil. Lo que veo me susurra al oído que siga informando, que continúe diciendo cosas de provecho para entender, si es posible, lo que estamos viviendo aquí. Otros profesionales más jóvenes fueron valientes y están en el frente, yo sólo me dedico a contar lo que ven mis ojos en esta ciudad, que es mucho. Los redactores extranjeros son, además de los milicianos, los que están en primera línea de fuego, exponiendo su vida en esta absurda contienda basada en defender ideas, no siempre propias, con mucho apasionamiento.

Por suerte, mi cabeza funciona bien, conservo memoria y reflejos suficientes para conversar con unos y otros. No hay nada que me

haga más feliz que hablar con personas que sepan más que yo y que proporcionen puntos de vista diferentes a un mismo escenario. Por lo tanto, únicamente cabe preguntar y observar, dejar escritos algunos artículos en periódicos y revistas como en los que trabajé siendo colaborador hasta hace unas fechas en las que fui herido en un bombardeo nocturno por un Junker Ju 52 alemán en la calle Hortaleza, a la altura del número 32, donde anecdóticamente tenía Benito Pérez Galdós su editorial y librería. Me produjo no pocas llagas sangrantes por todo el cuerpo, algunas de ellas con bastante profundidad y en lugares delicados.

Escribo mis narraciones —aunque ciertamente no creo contar con tantos amigos y seguidores que estén esperándolas— desde una de las salas del Ritz, lujoso hotel madrileño construido en 1910 para hospedar a la clase pudiente de la época. Ha sido requisado durante esta nuestra conflagración para convertirlo en un hospital de sangre de las milicias republicanas catalanas. También se ha convertido en una casa de comidas para los madrileños más necesitados —que ya son muchos— y vienen todas las mañanas a por un plato de comida. Aquí estamos, tanto soldados procedentes del frente como civiles heridos en bombardeos aéreos, que es mi caso. Empezaron la noche del 27 al 28 de agosto del 36 en el Ministerio de Guerra y en la Estación del Norte. Desde esa fecha hasta hoy se han intensificado, hasta tenerlos por la mañana y por la noche.

El hotel sigue funcionando, pero algunas habitaciones de la planta primera y segunda han sido cedidas para los heridos más graves. El Ministerio de Sanidad y el Ayuntamiento decidieron crear estos centros para ampliar la atención sanitaria al principio de la contienda. La ingente cantidad de heridos ha hecho necesario incrementar las camas disponibles. En octubre, el jefe de Sanidad de Barcelona encomendó a un grupo de médicos de Cataluña que se instalaran en este hotel y dieran el visto bueno para ser utilizado como sanatorio n.º 21, contando ya con un total de 46 en esta ciudad matritense.

También ocupan algunas habitaciones, a modo de despachos, los anarquistas que lo gestionan. Se han acondicionado las salas de la planta baja para situar las camas de los enfermos leves. Tanto el salón grande como el *lobby*, así como el llamado “Alfonso XIII” están ocupados por nosotros, los que padecemos lesiones o venimos de una operación realizada aquí. Las habitaciones de las plantas más elevadas —tercera y cuarta— están reservadas para los clientes de siempre y que, de esta manera, consiguen que siga funcionando como hotel.

No es la primera vez que he resultado herido... ¡esta es la tercera! Aunque en las anteriores ocasiones no estuve aquí. En la primera ocasión ocurrió en febrero del 37, por culpa de un balazo de los falangistas de la Quinta Columna. También cuenta con sus “soldados” y día a día van eliminando a los ciudadanos madrileños que van por las aceras. Disparan desde lo alto de los edificios como el de Telefónica o en coches que circulan deprisa, que fue lo que me ocurrió a mí (la calle Alcalá fue testigo).

Cuando llegué al Ritz el pasado día 14 de noviembre, también venía grave y me ingresaron durante semanas en una habitación de arriba. Después me bajaron y ahora estoy en una sala situada en la planta baja, la de recepción. Se cuenta con dos filas de camas metálicas blancas; los cabeceros de cada una de ellas están pegados a la pared. En medio, un pasillo por el que hay un devenir de enfermeras y médicos que son para nosotros toda una distracción. De espaldas a esta sala hay un quirófano y existen dos más en la planta superior.

Aquí es donde paso las últimas semanas sin otra obligación que observar esperanzado la mejora de las llagas sangrantes, rezando para que pronto pueda salir de nuevo con el fin de llevar una vida normal, si eso es posible en este penúltimo mes de 1938. Tengo que reconocer que aquí estoy bien, la comida es buena y caliente. Gracias a Dios, salvo esa excoriación, mi salud es buena y disfruto de paseos y algo de vida social, en la medida en que es esto es factible.

Estoy rodeado de otros hombres, con su compañía la estancia es más llevadera y el día se hace más corto. Tengo enfrente a Juan Quesada, hombre de fácil conversación y con el que paso algunos ratos cambiando impresiones. Tiene madrina de guerra, como casi todos los milicianos. Su piel oscura y curtida delata las muchas batallas soportadas al sol. Ha estado en Navacerrada varios meses y el sol de las alturas ha hecho mella en su piel. Con vendas en los dos brazos sufre de las consecuencias de las hostilidades y me cuenta de su convencimiento sobre la victoria republicana. De cuerpo pequeño y delgadez extrema, me invita a la conversación con frecuencia. Sus ojos saltones se clavan en mí esperando disposición para la charla. Pero no siempre me encuentra de humor para seguirle. Sus palabras me aburren y los acontecimientos de su vida no siempre me interesan.

También charlo con el que tengo a mi derecha, Julián Mota, que resultó herido de gravedad en la Casa de Campo hace diez días. A la izquierda está Vicente Moscatel, con el que mejor converso. Las charlas son reconfortantes. Sus palabras son pausadas. Provocan que mi cuerpo se relaje. Las palmas de mis manos posan extendidas sobre las sábanas y mis dedos se extienden alargados esperando sus historias y opiniones. Hombre sabio, hecho así mismo con experiencias de todo tipo, provoca en mí cierto alejamiento del entorno compartido. Sus palabras son siempre reconfortantes. Cuando cambiamos impresiones, mi mente se alivia y se deja llevar por las alusiones de otros años vividos por ambos.

Algo más separado estaba Miguel, que murió de un paro cardíaco antes de ayer; tenía una salud delicada. Con él también he tenido charlas muy agradables, creo que era el más intelectual de los que me rodean.

A estas alturas de la ofensiva, casi es mejor estar aquí... Fuera, la gente huye, la visión es desoladora, se pasa hambre, la ciudad cuenta con muchas ruinas y edificios dañados, los ánimos empiezan a cambiar a peor y la resistencia franquista encabezada por la Quinta

Columna se ha convertido ya en algo presente en lo cotidiano. Los bombardeos por aire son diarios; los de artillería, frecuentes. Desde el 18 de julio hasta hoy, ya han pasado más de dos años de aguante ante el intento de tomar la capital de España. La ciudad puede ser tomada en cualquier momento. Esta constante sensación me produce nerviosismo. Mi cuerpo se predispone y noto sudores. Me agito y veo como mis manos tiemblan. Han pasado más de veintisiete meses desde el levantamiento. Hay opiniones que expresan que no hay nada que hacer, que la guerra está perdida y que Franco no tardará mucho en entrar. Estamos a su merced. Pienso que nos está castigando con una muerte agonizante. Un castigo lento e impío que me impacienta e irrita. Una preparación para un desconocido final que me obliga a sacar fuerzas de mi interior para sobrellevar la espera y la incertidumbre. Los enemigos aguardan con paciencia nuestro desastre y humillación. Intentan ahogarnos y conseguir la completa rendición de todo el Ejército republicano, que tampoco es fácil. Aquí hay anarquistas, comunistas, socialistas y republicanos.

Él es astuto, paciente y creo que prefiere esperar a que la capital esté agotada, arruinada y enferma; así, después, atacará victorioso y sin respuesta. De esta forma lo pensamos muchos. El asedio continúa y no cesa. Sin embargo, los partidarios de Negrín dicen que “resistir es vencer” y opinan que hay que agotar hasta el último cartucho. Hasta estas conversaciones entre opiniones de unos y otros ya aburren... Cada uno busca como puede la forma de entretenerse para sobrellevar lo mejor posible estos tiempos de tristeza y temor ante lo desconocido.

Ni siquiera por la noche encuentro sosiego. Es entonces cuando empiezan los bombardeos. Las luces se apagan, las enfermeras y los médicos buscan un rincón donde aguantar lo que les depare el destino. El ruido es repetitivo. Las luces se apagan. La sala se ilumina con las explosiones cercanas y los rostros de los enfermos aparecen de forma interrumpida viendo en ellos el terror y el miedo. Cuando



acaban, la sala se inunda de silencio. Un mutismo en forma de rezos por haber sobrevivido otro día más.

Mi sueño es ligero y me despierto varias veces por la noche abriendo los ojos de par en par y con pestañeos rápidos. Miro de un lado a otro queriéndome ubicar y lo que veo son solo camas con hombres que se quejan. La confusión me amenaza y despierto sobresaltado con sudores fríos. Tengo tiritonas que me hacen sentir desorientado por unos instantes. Miro a la derecha y a la izquierda. Las sábanas blancas me parecen fantasmas. Percibo mi cuerpo y noto como tiembla sintiendo agitación. El ritmo cardíaco se acelera, noto la falta de aire y reprimo las náuseas que llegan a mi boca. Me invade el desasosiego. Mi inquietud provoca un sudor frío y, por desgracia, previsto.

La falta de una mano amiga rozando mi frente me permite masticar una soledad cruel que ahora maldigo. La duda por lo que pasará me crea preguntas sin respuesta. Siento ansiedad por lo que queda por venir y el no saber cómo serán las consecuencias. No concilio el sueño hasta altas horas de la madrugada. Necesitando una distracción, enciendo las dos velas de la mesilla y me pongo a escribir como acto desesperado para hacer que el tiempo pase más deprisa.

Parece que la guerra está a punto de terminar y aquí resistimos de una forma desesperada. Pero así llevamos más de dos años... La población no cuenta con suficiente comida, no hay armas ni municiones. Sobre todo, la gente está harta de esta situación y no ve clara la victoria. Las tropas nacionales nos tienen rodeados por todo el perímetro de la ciudad, salvo la carretera de Valencia. Los franquistas han intentado cerrarla, pero los republicanos no se lo han permitido, ya que por allí entran y salen medicamentos, víveres, armamento—todo ello ya en pequeñas cantidades—, así como personas que huyen y son evacuadas al Levante.

Los aviones seguirán sembrando la mortandad entre nosotros y se llevarán a hombres, mujeres y niños. Es la cruel novedad de esta aborrecida batalla. Con ese odioso ruido desde un cielo enemigo, los

heridos ya ni se incorporan sobresaltados, se acepta que la muerte te pueda encontrar en tu cama y la recibas de frente. Y de nuevo, la angustia. El sufrimiento compartido, la convivencia y las dificultades unen mucho dentro de estas paredes tan elegantemente engalanadas.

Aquí hay enfermos, heridos, médicos militares, sanitarios y, sobre todo, una auténtica legión de enfermeras voluntarias. Este es un lugar singular de vivencias y relaciones humanas donde —como en el frente— coinciden el heroísmo y la desdicha. Pasar por aquí supone necesariamente para el combatiente un desenlace en la etapa bélica (aunque sea parcial), y, en muchos casos, un punto y aparte obligado en la hoja de servicios. Algunas veces, por desgracia, la despedida. Este es un sitio donde convergen vidas e historias y actúa la vía de información entre el frente y la retaguardia. Es una etapa en la cual tienes tiempo para pensar en las experiencias. También supone el olvido por una temporada de la inapetencia, los piojos y trincheras, aunque no es mi caso. Lo mejor: sábanas limpias, colchón blando, comida caliente y los mimos de las voluntarias de “Frentes y Hospitales”, que con sus sonrisas y atenciones hacen que uno olvide la realidad de lo que pasa fuera. A todos y cada uno de nosotros nos hacen sentirnos como héroes de una cruzada.

En el tiempo restante que me queda, empiezo a redactar estos textos, intentando reducir así la espera y con eso distraer mi mente. Apoyado en dos almohadas me esparzo como puedo y logro aguantar casi una hora escribiendo. La profesión de periodista, llamada así por una ley de prensa creada el 22 de abril de este año que vivimos, me ha permitido saber de la actualidad de cerca, vivir día a día lo acontecido desde el inicio de siglo, hasta hoy. Mi traslado a Barcelona no me permitió vivir la revolución de 1934 en Asturias, mas conté con una ayudante de lujo que me narró por carta cómo se desarrollaron los acontecimientos. Cubrí con mis crónicas lo que se trataba en las Cortes del paseo de San Jerónimo entre finales de 1931 y mediados de 1934, y tuve el honor de contar con compañeros de café y carajillo a

personalidades como Niceto Alcalá-Zamora, del que guardo una gran admiración personal por su cercanía y complicidad. Con él era fácil entablar conversación. Cuando bajaba desde el hemicycleo a la cantina, iba derecho al mostrador para pedir un café. Es entonces cuando yo me acercaba, le sonreía y, sin mediar palabra, comenzábamos a charlar. Después de preguntarle sobre lo acontecido en la Cámara, llegaba un momento en que nos apetecía hablar de otras cosas. Me comentaba la principal de sus aficiones: escribir. Como presidente de la República disponía de su correspondencia personal y, sobre todo, sus diarios, en los que apuntaba todo lo que sucedía en España en esos momentos. Suponía un testimonio vital, de primera mano, para entender las esperanzas y los males en los que se embarcaron los españoles en el lapso de unos pocos años.

También viajé fuera de España para cubrir noticias interesantes que me permitieron tomar el pulso de la actualidad de otros países. Me desplazé a otras ciudades a entrevistar a personajes que han hecho historia, viendo cómo arriesgaban la piel para defender causas y derechos nuevos hasta la fecha de hoy. Vuelven a mí esas sensaciones de ilusión e incredulidad ante lo contemplado. Con la boca abierta observaba la vida en otras ciudades, las costumbres de otras gentes y los modos de vida de otras personas. Verdaderamente, el viajar abre tu mente y te dota de tolerancia.

Aquí, en este hotel, curiosa y sorprendentemente, murió el día 20 de noviembre del 36, en el inicio de la contienda y en la habitación 27, el líder anarquista Buenaventura Durruti, causante también de “la mayor de mis desgracias”. Resultó herido mortalmente de forma accidental —dicen— el día anterior cerca del Clínico. Ingresó el día 19 debido a una bala, de la que hay varias versiones sobre su procedencia. Sus ayudantes le trasladaron enseguida hasta aquí, pero... poco se pudo hacer por salvar su vida.

El destino es hábil y hace que él y yo tengamos cama en el mismo hotel después de aquel fatídico verano de 1923 donde nos vimos

relacionados a través de una mujer. Una sensación de irritación y tensión invade de nuevo mi cuerpo recordando ese 30 de agosto de aquel maldito e inolvidable año...

El día de su fallecimiento acudí a la puerta de este hotel, así como decenas de madrileños, apreciando lo mucho que la gente le quería y admiraba. La entrada se llenó de carteles y pancartas de la CNT, tanto ese 20 de noviembre como el siguiente. También oí la elegía en su honor que pronunció la líder anarquista Federica Montseny a través de los micrófonos de Unión Radio. Después le llevaron a Barcelona y el día 23 fue enterrado en el cementerio de Montjuic, rodeado de una multitud. Hasta en su expiración, de la que hay varias versiones por extraña y confusa, este personaje creó expectativa e interés. Han corrido ríos de tinta sobre el fallecimiento de esta figura y, dada mi relación con él, he leído todo lo publicado hasta la fecha.

Las evocaciones a este hombre son personales. Estuvo en Gijón a principios de los años veinte y, debido a él, mi vida cambió y por ello me vine a vivir aquí. No fue casualidad, a ambos nos unió una fémmina y su vida y la mía se transformaron para siempre. Él salió de allí el 1 de septiembre y yo partí dos meses más tarde como consecuencia de sus actos. Después de una serie de avatares, se marchó a Argentina. Cuando volvió se convirtió en el líder del anarcosindicalismo en Cataluña y, más tarde, ya en la Guerra Civil, ha protagonizado proezas con su columna Tierra y Libertad, que bajó desde Barcelona pasando por Zaragoza hasta llegar hasta aquí en noviembre del 36, hace dos años, con el fin de ayudar a los republicanos. Dos trayectorias diferentes: él como líder político, jefe de milicianos —antes, atracador de bancos—, y yo como discreto periodista contando sus hombradas.

Pasa el tiempo y la vida se va. Ahora no tengo a quién querer y, como consecuencia de ello, tampoco tengo a nadie que me quiera. Aunque independiente me siento, me pregunto ¿para qué? Todo lo que anhelo ahora es calor humano y una mujer a mi lado. Una hem-

bra que haga funciones de madre y pareja: que me cuide, me atienda y me mime, a modo de compañera de viaje. Que me escuche, cocine para mí, tenga la casa limpia y la cama preparada. Una hembra con ropa bien ajustada con quien levantar las ganas y poder revivir, al menos, la emoción del regocijo. Una pareja que me entienda en lo básico, que me asista y que me permita atenderla en todo lo posible. Para disimular mi silenciosa ira, echo la culpa a mi vanidad, que me impidió pedir perdón, decir “lo siento” o “te necesito”. Insensato e ignorante, pobre de mí..., ni siquiera fui capaz de expresar mis sentimientos en esos mensajes que nos escribíamos y dejábamos en la pared. Soy así, ni lo expreso ni lo hablo y cuando ellas me preguntaban sobre mis sentimientos, emociones, intenciones e ilusiones, como buen macho, disimulaba, salía por la tangente y cambiaba la conversación preguntándoles lo primero que me venía a la mente, cualquier tontería.

Nací el 30 de diciembre de 1870 en la calle Barquillo, en el centro, el día que mataron a Prim y cerca del lugar de su misterioso asesinato en el paseo del Turco. Me crié en un ambiente castizo y cerca de la popular calle Alcalá, llena de bancos, teatros, instituciones y vecinos ilustres. Postrado en esta cama reflexiono, no sé a ciencia cierta cuándo moriré, no depende de mi voluntad. Quizá una bala perdida desde algún tejado, una explosión provocada por los nacionales, una dolencia propia de la vejez... Nada depende del propósito de este mortal, con lo cual, solo puedo aprovechar el tiempo que me queda y rogar a Dios un fallecimiento rápido y sin dolor.

Lo cierto es que el tiempo pasa e intento distraerme en este recinto con todo lo posible que está a mi alrededor. Ayer —para romper la monotonía— mi compañero de sala, Juan, y yo nos interesamos por la leyenda que existe en el Hotel Ritz acerca de la selección de sus clientes. Por lo visto, hay un código interno entre los empleados a la hora de permitir el alojamiento a determinados parroquianos. Si son admitidos, se les desea que disfruten de su estancia. En caso

contrario, se recomienda el Hotel Palace —inaugurado dos años después—, y también convertido en dispensario (denominado “Base n.º 1”). Aquel día nos despertamos fuertes de ánimo y nos dio por indagar, preguntando al personal que nos cuidaba en qué consistía el código NTR (No Tipo Ritz), siglas que se utilizan para no admitir como huéspedes a artistas y toreros.

El Palace, desde el día del alzamiento, ha tenido situada en su última planta durante siete semanas la embajada de la Unión Soviética. Cuenta con muchas habitaciones y por eso han llegado “hospitales” enteros, como los enfermos que estaban en el Militar de Carabanchel. Lo han evacuado por completo: personal, material quirúrgico, etc. En la planta baja están los quirófanos de urgencias. Incluso han establecido un hogar para niños desamparados. En los seis pisos hay instaladas ochocientas camas. En la planta superior viven los empleados que ahora se dedican a transportar y cuidar a los enfermos. Cuenta con una cúpula espectacular y, cuando de noche no hay luz y por motivo de las bombas, las operaciones se hacen debajo de esos cristales multicolores. En estos desgraciados tiempos ya no acoge bandas de música, brunchs con ópera y brillantes fiestas para la realeza y los jefes de Estado. Ahora cuenta con los efectos de los intensos bombardeos, al igual que el Museo Nacional del Prado o la Biblioteca Nacional, de la que se dice que han sacado unos 630 000 libros y otros están siendo custodiados y escondidos por el personal bibliotecario. Tomás Navarro, director, ha sido el artífice de que los libros estén protegidos.

Y es que hay que hacer lo que sea para distraerse, además de leer la prensa. Cualquier anécdota o menudencia es atractiva y acapara nuestro interés. Esto, después de contarnos nuestras cosas, hablar y requetehablar de mujeres, criticar y maldecir a las tropas nacionales y saber lo último de los “pacos”. Informarnos de los avances de los republicanos, relatar las últimas noticias de las “checas”, elogiar la firmeza que ofrece esta nuestra ciudad y comentar los chascarrillos

que se cuentan por los Madriles. De algo hay que conversar en estas jornadas tan interminables. Vicente tenía pocas historias femeninas relacionadas con el adulterio..., me dice que nunca engañó a las dos esposas que tuvo. Una murió de una extraña dolencia y otra se suicidó. Siempre acabábamos la jornada con una sonrisa y alguna confidencia “de guinda”, incluso de vez en cuando se nos escapaba alguna exagerada carcajada y así poder soportar mejor este retiro no buscado, demostrando de este modo que seguíamos vivos.

Quizá deba continuar ahora explicando que llegué a Gijón en 1900 con treinta años y me quedé veintitrés más. Allí fui tremendamente feliz e inconsolablemente desgraciado. Sentí todo el abanico de emociones que soy capaz de leer en los diccionarios y que ese tal Freud ha identificado, sensaciones que hasta ese día no conocía.

La primera experiencia impactante para mí fue la vivida el enero de 1903 con la primera huelga de un colectivo de operarias muy importante en aquella ciudad: las liadoras, cigarreras y pitilleras. Pocas mujeres trabajaban en aquellos años, pero estas suponían todo un símbolo de la sociedad gijonesa por su importancia e idiosincrasia propia. Tres años antes yo llegaba a Xixón —así se llama esta población en la lengua asturleonés—; concretamente, el día 7 de agosto. El Ayuntamiento, en un deber de cortesía con los muchos forasteros que honraban la ciudad con su visita y para los propios habitantes, había organizado un programa de festejos durante una semana. Había reservado una habitación en el barrio de Begoña, nombrado así por la Iglesia del mismo nombre, para tres noches —según la recomendación de un amigo— en espera de encontrar posteriormente mi ubicación definitiva.

Desconocía la existencia de esas fiestas, como también ignoraba —ingenuo de mí— todo lo que aquel barrio me iba a proporcionar en el futuro... En aquella plaza cercana al paseo de Alfonso XII y con el teatro Jovellanos anexo, empezó la magia de esta ciudad para mí y la entrega hacia ella, emparejado encantamiento que por desgracia

no sigue hasta la fecha de hoy, ya que desde el otoño de 1923 no he vuelto a ir. Apenas llegué a la recepción, casi de noche, un muchacho simpático, charlatán, de ojos claros y cabello oscuro me informó de tal circunstancia. Me invitó, con el ilusionado interés manifiesto de todos los habitantes, y casi diría que me obligó a dejar las maletas sin abrir con el fin de salir y buscar la bulla por las calles cercanas. Me dirigí a la playa de San Lorenzo y vi una muchedumbre de gente. Todos quietos y de pie. Después aprecié la fantástica iluminación de los muelles y buques mercantes atracados, algunos de vela y otros de vapor. A los de la capital nos gustan estas cosas...

En mi breve caminar y disfrutando de una agradable temperatura, ya cercano al antiguo barrio de pescadores, volvió a sorprenderme la gran cantidad de gente que paseaba sin ninguna prisa, incluso con porte reposado, como si también estuvieran esperando algo...y —¡otra ignorancia mía!— ¡esperaban los fuegos! ¡La quema de unos grandes fuegos artificiales! ¡Sólo faltaban veinte minutos para su comienzo! Ante mi asombro, opté por esperar y apreciar hasta qué punto correspondían esos fuegos a la enorme expectación popular. En ese espacio de tiempo entablé conversación con un paisano, lo cual resulta muy fácil debido a la conciliadora predisposición que tienen allí para la charla agradable y tranquila. Me interesé por ese lugar (Cimavilla en asturiano), el primer barrio de pescadores, situado en la vertiente sur del Cerro de Santa Catalina (también llamado La Atalaya), siendo un montículo amurallado que queda aislado al subir mucho la marea. Me dijeron que tuvo su importancia, ya que supuso una plaza fuerte de cierta trascendencia en las antiguas campañas.

Me enteré de que los fuegos se debían a Manquín e Hijos de Trubia y sólo hubo que esperar unos minutos, conteniendo así la emoción, para percibir deslumbrado lo que el cielo nos entregaba generoso: estrellas polares, soles, caprichos romanos, bombas, volcanes, surtidores acuáticos, culebrillas, zambullidores acuáticos, luces



de bengala, velocipedistas, etc. Concluyendo con la última traca y un gran combate naval, donde se dispararon multitud de bombas de grueso calibre, serpentinas flotantes y candelas romanas. “¡Espectaculares! ¡Grandiosos!” , grité yo, emocionado, cuando acabaron. Para volver al hotel caminé por la calle Corrida, donde Madrid tiene su Puerta del Sol, Vigo su paseo del Príncipe o Santander el de San Francisco, travesía por la que... , no sé de qué extraña manera, siempre se pasa cuando te diriges a cualquier sitio. Vayas donde vayas, tomes la dirección que tomes, cualquiera que sea el fin del día, siempre tus pasos se dirigen hacia Corrida cuando uno sale o vuelve a su alojamiento.

Se halla frecuentada continuamente, aunque tiene sus momentos de moda: los días, los domingos de doce a una de la mañana y sus noches, todas y cada una en las que los farolillos ven atravesarla a paso rápido a los hombres que han tenido ocupaciones extras, los que la evitan callejeando porque prefieren no ser vistos —por algo será— y finalmente la cruzan y los borrachos que, a paso lento, la pisan sabiendo a ciencia cierta que por ahí se llega a su aposento. Al entrar al hotel volví a ver al dicharachero recepcionista con sus convincentes monsergas, esta vez dejándome muy claro, con todo tipo de información y detalles, todo lo que me había perdido por no haber llegado antes a las fiestas. ¡Aquello ya me parecía una bronca, ni posibilidad me daba para hablar y meter baza justificando mi ignorancia y el haber cometido ese gran error!

Efectivamente y gracias a aquel apasionado individuo, ese resultó ser el único año que me perdí las fiestas: no sólo los mejores fuegos, sino también los artistas callejeros y orquestas. ¡Para ensalzar la comida y bebida no hace falta que llegue celebración alguna!, ¡son buenas de continuo! Año tras año, desde ese agosto de 1900 hasta mi precipitada partida veinte años más tarde, disfruté de aquella época de fiesta y bullicio. Por desgracia, la contienda las barrió hace un año, ya que la ciudad fue ocupada por las tropas nacionales el 20 de

octubre de 1937. Al nombrarlo, mi memoria pasa ineluctablemente de la fiesta al drama. Mi rostro se entristece cuando evoco que, en las últimas horas de aquel día de octubre, los requetés de las brigadas navarras que mandaba el general Solchaga sobrepasaron Villaviciosa por el este en su avance hacia la localidad gijonesa. Ese mismo día, el Gobierno de Asturias y León, reunido bajo la presidencia de Belarmino Tomás, acordó por unanimidad ordenar la evacuación por mar. Se cursaron las órdenes para que el mayor número posible de fuerzas del ejército republicano del Norte, así como funcionarios, miembros de los partidos y sindicatos del Frente Popular, se dirigiesen al anochecer hacia los puertos de la zona de costa comprendida entre Gijón y Avilés con el propósito de embarcar rumbo a Francia.

**alcalá**